

ajeno . . . . . limpiándose los ojos, diciendo . . . . . Yo soy un calabazo y un tonto, ¡Ave María Purísima! y su bolsillo era un manantial inagotable de consuelos y beneficios para cuantos le trataban.

Mucho gocé también con la amistad del Sr. Lic. D. J. R., jurisconsulto muy notable, literato de gran mérito y hombre de exquisita cultura y caballerosidad realzada, con una figura verdaderamente distinguida y aristocrática.

Pero tan notable persona, adolecía del gravísimo defecto de absorberse, de enajenarse, de perder materialmente el sentido en una mesa de juego. Era de verlo junto al tapete verde, con el sombrero á la nuca, y el cabello rubio sobre la frente, los ojos saltándosele de sus órbitas, inclinado al naípe, hablando solo, teniendo en su diestra la medalla de la Virgen de Guadalupe que sacaba de su seno.

—Ah! Madre Santísima, decía, Madre de los Mexicanos, ¡mira qué sota! . . . . te pido que venga moza . . . . ese dos de bastos, ni para descalzarla.

Si se ganaba el albur, devoraba á besos la medalla, y el mismo Juan Diego habría envidiado su lenguaje sentimental; pero si la Virgen, ensordecida á sus ruegos, dejaba que el albur se perdiese . . . . entonces llegaba á la blasfemia; negaba el milagro de la aparición; ponía de vuelta y media á Juan Diego y á Zumárraga, y era de taparse los oídos . . . .

Lo más singular es, que este amigo mío era el hombre más desinteresado, verdaderamente franco y generoso.

La familia del Sr. D. Manuel Cosío, ofrecía un cuadro de felicidad patriarcal, en que se admiraban en armonía perfecta, la dulzura y la majestad paternal; el respeto debido al hogar y la alegría perpetua; el comer contentos y el solazarse en diversiones sencillas y familiares.

No obstante haber ocupado D. Manuelito (porque así se le llamaba como en familia) los primeros puestos, era llano su trato, y especialmente benévolo con los pobres. Amplia y larga chaqueta de dril blanco; pantalón de paño obscuro; sombrero de jipijapa; este era el traje de D. Manuelito, visitando el taller, reconociendo una casa y asistiendo á un día de campo; entonces discutía y cedía á la razón, procurando no humillar á nadie. Pero llamado á los negocios de gobierno, sus principios eran enérgicamente acatados; sus decisiones firmes, y tranquila la espera de sus consecuencias.

Pero en el trato íntimo, D. Manuelito era adorable; se le veía en el rostro su complacencia con que sus amigos pidieran, dispusieran y gozaran de cuanto le pertenecía.

En esa reunión traté al Lic. Acuña y al Sr. D. Luis Solana, de facha ingrata, bizco y vulgar; pero ese hombre al discurrir sobre un asunto serio; ya en el consejo; ya en la tribuna ó en el foro, su transformación era completa; su frase caudalosa y cristalina; su lógica inflexible; su erudición variadísima; esto, realzado con la dulzura de su voz, hacían de Solana un perso-

naje importantísimo, honra de las letras y sostén firmísimo de las ideas liberales.

Siendo como eran para mí, llenos de interés y de atractivo los estudios sobre una sociedad que tenía rasgos distintivos y marcados, no podía dedicarle mi tiempo, y se me borraban ó confundían sus rasgos fisonómicos.

Aquél tono de sincera confianza para los tratos, en que era desconocida la fianza, el pagaré y la obligación. Aquéllas invitaciones á comer y á beber, llevadas á lo increíble. Aquél D. José Bolado, con un sorbete largo y delgado, como el tubo de una chimenea; parado en la puerta de su tienda, y obligando al primero que pasaba á echar un trago de *judío*, y que siguiera su camino. Aquélla payita de enagua de bayeta encarnada, zorongó y zapatón; coquetuela y atrevida, con sus grandes ojos negros, alborotando espíritus, y con su ceño apaciguando tempestades.

Aquél tráfico frente á la Parroquia entre montañas de chile verde que tocaban en los balcones.

Aquél concurso de traficantes con sus vestidos peculiares; sus mercancías distintas; cada una expuesta á distinto modo, y con su vendedor análogo; la multitud de matices de ese concurso que se mezclaban, se entregaban y combinaban al acaso.

Las leyendas sobre los descubrimientos de las minas me entretenían como cuentos de Hoffman. Ya eran calaveras extraviadas en la montaña, que claman á Dios, y éste les manda pernoctar en tal punto, en que hacen

lumbre, y la lumbrada deja entre sus cenizas una plancha de plata. Y en cuanto al carácter rumboso de los amos grandes, citaban el famoso bautismo en que desde la casa del padrino á la Parroquia, se tapiza el suelo con andaderas de barras de plata. Ya, por último, para dar á conocer el carácter soberbio y manirroto del minero, se cuenta que un barretero fué á un cajón á comprar una tela rica para un regalo.

El comerciante vió la facha del marchante, y le dió una tela cualquiera.

El barretero pidió mejor y mejor tela, que le pusieron al frente la suprema, con cierto tonillo increíble que pudiese pagar el precio.

—¿A cómo la vara de este *tisú*?

—Á veinte pesos.

—Corte cuatro varas. Pagó sus ochenta pesos, hizo la tela cuatro dobleces, salió á la puerta, le quitó la silla á su caballo, tiró los sudaderos y los substituyó con la tela, diciendo... los grandes vestidos de ustedes apenas sirven para nuestros caballos.

Consultaba mis observaciones, y pasaba ratos muy agradables con D. Teodosio Lares, Director del Instituto, sabio modestísimo y hombre de gran probidad, quien tenía el grave defecto de no saberse oponer á nada de lo que disponían personas, en su juicio, de saber y respeto.

Nació en los Angeles, del hoy Estado de Aguascalientes, entonces unido á Zacatecas; tuvo muy buenos estudios y se recibió en Guadalajara. Volvió á ejercer

su profesión, por poquísimos tiempo en Zacatecas, y D. Francisco García le nombró Director del Instituto, cargo que desempeñó brillantemente con aplauso universal.

Lares era el estudiante en toda la extensión de la palabra, con su erudición asombrosa, sus teorías raras, su falta completa de mundo y su bondad juvenil.

Sabio en la cátedra, juguetón con sus viejos amigos, apasionado por sus discípulos, y con veneración profunda con los que él creía eran hombres superiores, el Director era para mí, muy querido, y me fué muy valiosa su amistad.

Nada de lo que he procurado bosquejar tenía más encantos que aquel rechoncho y popular vate, aquel desgovernado y divino Fernando Calderón. Por donde andaba, se iban haciendo como remolinos, de músicos, pidiéndole pesetas y coplas; cómicos que le arrastraban á su ensayo; y de sus soldados (porque fué Coronel de guardia nacional) que le vieron como paño de lágrimas; de una clientela de matrimonios mal averiguados; viudas abandonadas; huérfanos que nunca tuvieron padre ni madre, y parientes con y sin ejecutoria que le saqueaban sin piedad.

Calderón era con justicia adorado: regaba sus chistes, sus versos y sus pesos como al sacudirse una planta riega el rocío. Era inagotable en sus cuentos de legos que inventaba, espontáneo, en la conversación.

Horas enteras pasaba yo escuchando sus anécdotas del Beaterio y de un orador de la Parroquia.

Contaba del Director del Beaterio, que hostigado por la reincidencia de las ancianas penitentes, les dijo... —¡Eh madrecitas! mañana cada una de ustedes trae un algodoncito escarmenado para venir al sermón. Las beatas censuraron; pero llevaron el algodón. Ya en el púlpito el padre, después de persignarse, dijo á su auditorio... ¿Traen ustedes el algodón?

Un bosque de brazos se levantó blanqueando con los algodones.

—Pues ahora, hijas mías, tápense un oído con algodón... porquesi no por un oído les entra y por otro les sale lo que les digo... Y comenzó el sermón.

Ese mismo sacerdote, ideando en otra ocasión medio para conmovér á los fieles acerca de las penas de las ánimas del Purgatorio, se convino con el sacristán, para que cuando estuviere en el púlpito, se acercara para interrumpirle, dándole una carta que le entregó.

Llegóse el día, el presbítero comenzó una plática moral, sobre un tema cualquiera. De pronto, empujando gente, se acercó el sacristán al púlpito y entregó la carta al presbítero. Éste... ¡Oh sorpresa! ¡oh asombro! exclamó... ¿A que no sospechan ustedes siquiera, de dónde es la carta? ¡Atención! (Abriendo la carta y leyendo):

«Purgatorio, Julio 3 de 1842.

«Muy amado padrecito de nuestro corazón:

«Nos alegraremos que al recibo de ésta goce Ud. cabal salud, en compañía de Sra. D<sup>a</sup> Cornelita y unos sobrinos de Ud.

«Nosotras seguimos, con el favor de Dios, ardiendo nuestras almas y sin más esperanza de socorro, que ese santo Beaterio, que es como quien dice, nuestro paño de lágrimas,» etc., firmas de las ánimas.

Como es de suponerse, la carta produjo maravillosos efectos y el capellán del Beaterio quedó por las nubes.

En cuanto al padre E., orador de la Parroquia, decía Calderón, que en una función solemnísima dedicada á Nuestra Señora de los Zacatecas, exponía el padre, que los sacerdotes eran los perros fieles del Santuario, y que así como á los amigos de la casa debía moverles la cola. . . . (moviendo la parte posterior de la sotana) á los sospechosos (dirigiéndose á la puerta donde había unos lagartijos irreverentes) les debía ladrar por eso, y al decir con el Ángel, Ave María, exclamaba, gua, gua, gua. . . paseándose, ladrando de uno al otro lado del púlpito como perro de azotea.

Con todo ese lujo de vida externo y de despilfarro de alegría, Calderón era tiernísimo en sus afectos íntimos.

Jamás olvidaré el cómo me refirió su decisión por cultivar la poesía, siendo proverbial aquello de que poeta y mendigo eran casi sinónimos, y que los sesudos señores decían en todos los tonos: «Del Parnaso al hospital no hay más que un paso,» y no era eso lo más, el poeta era un ser estafalario, desaseado é inútil, que estaba á dos dedos de distancia de la casa de locos.

Luego que el padre de Calderón, Conde de Santa

Rosa, persona rica y entregada á importantes negocios de gobierno y comercio, sospechó la inclinación de su hijo, la combatió por todos los medios imaginables, como si se tratara de combatir una manía ó un vicio de los más perjudiciales. Cuidaba de que no llegasen á sus manos libros de la gaya ciencia; trataba de proporcionar á su hijo compañías con lo más pedestre y prosaico de la hacienda, y á ese paso Calderón se desbordaba en coplas á los llanos y á las montañas, á los ganados y á las aguas; pero, sobre todo, á las ranche-ritas frescas, juguetonas y florecientes de la hacienda misma y el pueblo vecino.

La única persona de importancia que escuchaba sus coplas religiosas era la mamá, que las encontraba bellísimas; pero encargando al poeta que abandonase la lira y diese gusto á su papá, haciéndose abogado cuanto antes.

Un cuento ó novelita cayó en las manos de Fernando, y en un dos por tres se apoderó del asunto y lo convirtió en drama mondo y lirondo.

Había en el drama su parte patética, su tirada de versos, en que se lucía el amor filial; su desafío por la honra de la madre y su plegaria á la Virgen, dándole gracias después del naufragio.

Como negocio diplomático preparó Fernando la lectura de su drama á su mamá y sus tías, consiguiendo la señora que el papá lo permitiese, aunque de mal grado, y retirándose á lo más apartado de las habitaciones, en concepto de Calderón.

Al fin establecióse el auditorio; se colocó una mesita redonda con su velón frente al estrado, que se dispuso en la recámara de la señora.

Comenzó la lectura. A las primeras escenas, decía Fernando, creí notar somnolencia y disgusto; yo me esforzaba; tenía un nudo en la garganta; quería llorar. . . . Mi madre, sin duda, sufría más que yo, y como que intercedía con la mirada, porque se me tuviera indulgencia.

Llega la escena del amor filial; el protagonista, aunque perdidamente enamorado cuando pide á la novia, no puede soportar una alusión deshonrosa, que el padre de la joven hace á sus padres; atropella por todo y pide reparación del agravio, pintando con elocuencia arrebatadora todo el amor que merece un padre.

Mi voz temblaba; en el auditorio había silencio profundísimo; de pronto sentí que me ahogaban unos brazos y que inundaban mi rostro las lágrimas. Yo también lloraba; era mi padre, mi lindo y generoso padre, dominado por los sentimientos de su gran corazón.

El drama acabó entre galas y palmadas; mi madre no cabía en sí de gozo; hubo convite para el vate, que hizo en lo futuro su soberana voluntad.

Calderón dejó sin concluir el tercer acto de una comedia, que era la historia abreviada de mis amores con María.

Declaración de amores.—Resistencias por pobre y por poeta.—Representación de mi Alonso de Avila, y al llamarme á la escena el padre de la chica, conmovido, otórgame la mano de su hija.

Yo nada puedo decir de esa comedia; pero personas inteligentes sostenían que era de lo más tierno y más bello, producido por la pluma asombrosamente espontánea de Calderón.

A todo esto, mis deberes como visitador de tabacos, reposábanse, y era forzoso dar señales de vida. Empecé, pues, mi primera excursión al Fresnillo, tanto por ser la Administración más importante, cuanto porque tenía encargo de mis jefes de hablar sobre negocios de la renta, y más que todo, por pasar dos ó tres días en unión de Manuel Payno, á quien siempre he querido con extremo.

La negociación del Fresnillo había tenido una regeneración completa; la bonanza de sus minas que dieron ser y conquistaron en la época de la federación el primer rango á Zacatecas, cobraba cierta regularidad en sus productos, no obstante que la bonanza había cesado, y ahora la riqueza reconocía por móvil el espíritu de orden, la severa economía, el saber y el tacto de D. José Echeverría, rubio, cegatón, de patilla espesa, breve en palabras, rígido en el mando; D. Pepe Echeverría, que en México no pasaba de un rico estimable de la mejor sociedad, en el Fresnillo era Administrador inteligentísimo, minero experto, padre de los pobres y sin igual educador de la juventud. Y hago tal reminiscencia, porque la negociación sustentaba un colegio de niñas para estudios teóricos y prácticos, donde aprendieron jóvenes muy notables y distinguidos en la ciencia y administración de las minas.

El conjunto de la negociación era opulento y grandioso. Aquel extensísimo patio de beneficio, con su arquería gigantesca que medía más de una milla por lado; aquellas varias oficinas en que reinaba el silencio y el orden, y aquellas habitaciones interiores en que después de los grandes trabajos se solazaba el ánimo. Con una mesa exquisita, abundante en frescos y sabrosos manjares, y se descansaba en salones en que la música, la conversación culta y los juegos de billar y ajedrez, únicos permitidos y á los que no faltaban aficionados.

Payno, conforme á sus espontáneos instintos, se había instalado como un gran señor en su Administración de tabacos, que era por cierto muy pingüe, á pesar de su aspecto de estancquillo cualquiera.

Alfombra y butacas; cama de pabellón y grandes espejos, sin faltar, según esos incontenibles caprichos de su fantasía en todos tiempos y ocasiones, una bata rusa, una chinela china, un lagarto pegado á la pared, un mono, sirviendo de candelero, ó una cafetera de última invención ó un aparato para cocer papas, porque como es sabido, Payno, dada su reputación de narrador fácil y elegante, de consumado jinete y de entendido economista, porque se le tenga de los primeros para sazonar unos macarrones ó preparar un asado con toda la propiedad de la cocina inglesa.

Con bondad caballerosa y fraternal, me recibió Manuel, y llenamos los deberes oficiales de la visita.

Payno no sólo se había ganado la buena amistad del

Sr. González Echeverría, sino su confianza y su protección decidida.

Como donde menos se piensa salta la liebre, y en el mejor paño cae la mancha, aquel claro de cielo lo anubló un incidente inesperado que abrevió mi visita, haciéndome regresar á Zacatecas.

Es el caso, que en uno de los extremos del portal de la Plaza atinó á establecer su comercio de zapatos, la chica más luminosa, la más salúa y la más encantadora del mundo. Comparada con ella, por la fuerza de las circunstancias, los ideales de Rafael y Murillo, podían considerarse mañarrachos y bufonadas sin atractivo ni cosquilleo, los propios tesoros de la gracia andaluza, que chorrea la privilegiada pluma de Bretón, cuando dice:

Ancha franja de velludo  
En la terciada mantilla;  
Aire regio, gesto crudo,  
Soberana pantorrilla . . . etc.

Más me he tardado en escribir el párrafo anterior, que Payno en ver á la chica, idealizarla y apasionarse de ella como un Macías, como un hidrófobo, como un jorobado. Obsequios, instancias, arrebatos, arrullos, todo lo empleó, porque mi amigo no es consuetudinariamente enamorado; procede en el amor como por ataques epilépticos. Le agobia, le subyuga y enloquece el acceso . . . pero pasa bien ó mal, por faz ó por nefas, y queda fresco como una lechuga, y muchas veces sin conservar recuerdo de lo pasado.

La zapaterita hermosísima resistió, rehusó, luchó, se encomendó á toda la corte del cielo para conjurar aquella tentación del demonio; pero le tocó un demonio muy astuto y muy superior en conocimientos mundanos á todos los santos de su devoción.

Para no cansar á mis lectores, en uno de los días que volvía yo de una pequeña excursión, cerca del Mineral de Plateros, encontré en el patio de la administración de Payno gran tráfico, mulas de carga, trajín de viaje. . . . pregunté qué era aquello, y me dijeron que Manuel partía dentro de media hora á visitar una oficina subalterna, en la que sospechaba había gran desfalco, y que Payno había ido á despedirse del señor Gobernador Echeverría. Yo quedé estupefacto, no sabía cómo traducir aquel arrebató de viaje.

Penetré cabizbajo en las piezas interiores, y en la más recóndita me encontré, con gran sombrero ancho, paño de sol riquísimo y manga de paño con galones de oro, nada menos que á la deliciosa zapaterita, lista para el viaje. . . . Guardamos silencio. . . . y yo, recién convertido al orden constitucional por mi matrimonio, y entrometido y pedante con mis ínfulas de jefe y hermano mayor de Payno. . . pinté á Pepilla (así llamaban á la muchacha,) los fugaces goces del amor; la acerba copa que nos sirve cuando nos despierta el desengaño, y cómo la mujer es una mariposa con la que juega un niño quitándole el esmalte de sus alas y convirtiéndola en rastrero gusano.

Dicho esto. . . .dejé á la chica y me largué á comer

con un Sr. Arrieta, que tenía unas hijas lindísimas y que me había convidado.

Entretanto, Payno volvió de la casa del Sr. Echeverría, dió sus últimas órdenes y el grito de marcha. . . . Pero le dijeron que la niña ya no iba. . . . Payno se puso frenético.

—¿Pero señorita, por qué no va Ud?

—Pus no se lo puedo decir á Ud.

—Diga Ud. y no haga que cometa una barbaridad.

—No voy, porque los hombres la despiertan con una hiel, y los goces se vuelven serpientes y (llorando) á las mujeres, ó les salen alas ó se vuelven gusanos. . . .

—¡Esas tenemos!

—¿Quiere Ud. decirme quién diablos ha estado aquí?

—El señor Visitador.

—¿Dónde se ha ido?

—A la casa del Sr. Arrieta.

Estaba yo en lo más alegre y sazonado de mi comida, cuando pálido y descompuesto asomó á la puerta Payno, suplicándome le oyese una palabra. Salí á la puerta, y tartamudo de cólera me dijo: Ahora mismo vas y me desconviertes á aquella maldecida zapatera, ó te vuelvo la tapa de los sesos. . . .

Yo que conocía mucho á Manuel, ví que no era para chanzas el negocio; le ofrecí que daría mis excusas donde estaba comiendo é iría á *desconvirtir* á aquella Elena tan aprovechada de mis lecciones. Payno se ausentó, y yo pedí caballos y criados al Sr. Echeverría, encargándole me remitiese mi avío. . . .

Los pocos días después de esa primera visita los empleé en Zacatecas, concurriendo á su Instituto frecuentemente, comidiéndome á examinar chicos de las materias que conocía y aun de replicar en algunos exámenes, lo que me puso en relación con Solano, el Magistrado Ramón Talancón y otros.

Entre los estudiantes había dejado reputación el señor Farías, D. Luis de la Rosa y Vicente Hoyos, que publicaba sus primeras producciones.

No obstante la ninguna resignación de mi señora con mis ausencias, determiné mi viaje para Jerez. Circunstancias imprevistas retardaron mi marcha el día de mi salida y tuve que pedir posada en la hacienda de Víboras, edificio aislado á un lado del camino, con singular aspecto de aislamiento y bruteza.

Anocheía, en los alrededores de la hacienda no se notaba movimiento alguno de ganado, peones, ni el ruido en los campos precursor del reposo. El hondísimo silencio que nos envolvía, apenas se interrumpía por la caída de ruido monótono del derrame de una gran presa que se extiende á poca distancia de la hacienda.

Tocamos la puerta una y más veces y nadie respondió: espíamos por el agujero de la llave y no percibimos señal de vida; tocamos tercera vez y se oyeron los pasos de un hombre vestido de cuero que abrió una rejilla pegada á la puerta, y nos preguntó qué deseábamos.

—Queremos posada, por lo que valga, y dé Ud. mi recado al Sr. Hoyo, de parte de Guillermo Prieto.

Al momento apareció un señor notablemente pálido, de ojos de ictericia, y de aspecto que podría calcularse de feroz, si la enfermedad no le presentara desmayado y doliente, y su palabra y maneras distinguidas no dieran á conocer á primera vista al hombre, aunque retraído, de fina educación.

Dijome el Sr. Hoyos muy cortesmente: está Ud. en su casa. Se abrió á mi frente un salón con sillería de madera fina y damasco encarnado. En uno de los extremos de aquella pieza había una cama, de aquellas de cabecera y rodapiés con pinturas del incendio de Troya ó la Cena de Baltasar, y en el extremo opuesto, lavamanos con su bandeja de cobre, cepillos y útiles de aseo.

En el centro de la pieza había una gran mesa de pino, con recado de escribir; veladora y una charola con vasos y jarra con agua. Cuando volví los ojos de aquella revista, los avíos, los criados, las mulas y todo, había desaparecido, reinando profundísimo silencio, y hallándome como en un desierto.

Pasaron horas y horas en aquella mansión encantada, que en un momento dado, apareció una figura aérea y fantástica, que silenciosa traía luz.

A cierta hora, como las manos blancas de los cuentos, me trajeron de cenar; pero como digo, seres medios que no hacían ruido ni puede decirse de dónde brotaban.

La cena fué espléndida y servida con exquisitos licores. Yo, por horas, esperaba que se abriese una pa-